

La ciudad (y al anticiudad) en la historia

Lewis Mumford

La ciudad en la historia. Sus orígenes, transformaciones y perspectivas

Logroño: Pepitas de calabaza, 1159 pp.

Se trata de un libro de historia y, al menos, dos cosas más. Lewis Mumford desborda erudición histórica en esta obra monumental, pero también prospectiva y una visión propositiva o normativa de la ciudad. Dicho de otra forma, se trata del despliegue de la ciudad en la historia, de sus crisis, pasadas, actuales y previsibles, y de formas de afrontarlas, formas de evitar que acaben en un colapso planetario. El acierto prospectivo se intuye desde la frase brillante que abre el libro, y que hoy parece todavía más cierta que cuando se publicó por primera vez en 1961: “Este libro comienza con una ciudad que era, simbólicamente, un mundo; termina con un mundo que se ha convertido, en muchos aspectos prácticos, en una ciudad” (pág. 7). Respecto al criterio normativo, surge de la historia que se relata pero no cabe duda de que también sirvió para guiar su composición. Su modelo es de un crecimiento “orgánico” de una ciudad contenida o limitada, con una configuración regional que parte de la ciudad jardín y de la ciudad social que ideó Ebenezer Howard. Un modelo, que sin duda hoy tiene fervientes seguidores –y también críticos implacables–, y que el propio Mumford considera defensor de la ciudad frente a una conurbación antiurbana y deforme. Un modelo, sin embargo, que otros autores (Jacobs 2013: 43-45; Soja 2008: 81; Capel 2011) consideran a su vez antiurbano. Seguramente las dos cosas son posibles porque a lo largo de toda la obra de Mumford se aprecia una posición ambivalente respecto a la ciudad.

La ciudad en la historia se publicó por primera vez en 1961 y –aunque hay ediciones anteriores en castellano– no se publica en España hasta 2012. Muestra del interés que sigue despertando es que es que la editorial Pepitas de calabaza

lanzó una segunda edición en 2014. También lo es que esté preparando ahora la edición de *La cultura de las ciudades* una obra precursora de la que nos ocupa, que se espera para 2016. Respecto a la cuidada edición de *La ciudad en la historia*¹ hay que subrayar, además, que la traducción de Enrique Luis Revol (traductor de la edición argentina de Infinito de 1966) revisada ahora por Javier Rodríguez Hidalgo nos permite apreciar también las acreditadas cualidades literarias de Mumford que hacen fácil y amena la lectura.

Entre las virtudes de la trama de esta obra no es la menor, a mi juicio, que Mumford mantenga un diálogo explícito con constructores, intérpretes y estudiosos de la ciudad. Un diálogo que nos invita –para una adecuada lectura, cincuenta y cuatro años después de que el libro viera la luz por primera vez- a que, como lectores, interpelemos también desde sus líneas a otros autores. Mumford dialoga con Aristóteles (sobre su visión biológica de la vida urbana y sobre los límites de la ciudad), discute abiertamente con Platón (sobre su modelo social y el de ciudad que lleva aparejado), reprocha a Pirenne que dé excesiva importancia al comercio internacional en la ciudad del medievo y entra en diálogo con Toynbee para hacer suyo el concepto de eterealización (que aumenta su vigor a medida que avanza la tecnología) y complementarlo con el de materialización. Es particularmente notable la discusión que le enfrenta a Max Weber con el que tiene diferencias que no son menores; Mumford rechaza la relación que afirma Weber entre protestantismo y capitalismo y sitúa mucho más atrás las bases religiosas de este último (529-530). Aunque reconoce a Weber junto Patrick Geddes, Piotr Kropotkin, Ebenezer Howard como una de las “excepciones notables” que alcanzan una “comprensión plena de los procesos normales que promueve la ciudad” y sostiene también que su obra sobre la ciudad fue “excelente en su momento (1921)”, ya no considera el planteamiento weberiano “adecuado como teoría general de la ciudad”. Claro que esto no quiere decir que no se aprecien también coincidencias de intensidad variable sobre cuestiones como la burocratización y en una visión rompedora de los tópicos más corrientes sobre las ciudades griegas de la antigüedad y sobre las medievales.

Esto respecto a los diálogos explícitos. Para el lector actual será necesario añadir otros. En primer lugar por el simple hecho de que siguen apareciendo

¹ Se trata de una edición cuidada de la que solo puedo señalar que mantiene una errata que se viene arrastrando desde la primera edición en castellano. En la página 739 dice Creso (el rey de Lidia al que cita antes en la 256) donde creo que debe decir Craso (el rico negociante, político y general romano que acumuló una descomunal fortuna).

aportaciones al conocimiento de la historia y, en particular, a la historia del urbanismo (Capel 2005: 145 y 2011; Soja 2008: 65) y, quizá sobre todo, porque la ciudad y el urbanismo son realidades, problemas vivos a los que se enfrentan sucesivas generaciones de intelectuales. Esta obra ofrece estímulos para recurrir, entre otros muchos autores, a Jacobs (defensora de las grandes ciudades y de las altas densidades urbanas) a Soja (teórico de una postmetrópolis que supone otra concepción de la aglomeración urbana y de la ciudad regional), a Sassen (que desarrolla el concepto de la ciudad global que ya intuye Mumford), a Bourdieu (por las reflexiones del autor de *La ciudad en la historia* sobre la identificación del propietario con su vivienda y sobre las bases sociales del gusto) y, sin duda, a Lefebvre que teoriza sobre la producción del espacio y sobre “la urbanización completa de la sociedad”. Garnier –en su prólogo para la reedición francesa de *La ciudad en la historia* de 2011- sostiene que

Lewis Mumford no hacía más que plantear a su manera los términos de una alternativa que el sociólogo Henri Lefebvre, algunos años después, reformularía en una perspectiva más radical, por no decir revolucionaria. Sin embargo, la visión marxista adoptada por este último, se inscribía en la misma línea que el humanismo del primero (Garnier 2011: IX).

Sin duda existen numerosas coincidencias entre Lefebvre y Mumford. Ambos observan el crecimiento incesante de la urbanización, por encima de los diferentes sistemas económicos y políticos y ambos arremeten contra la especulación urbana. Mumford la señala en distintos momentos de la historia; Lefebvre la advierte desbordada ya en todo el mundo como medio “de socialización de las fuerzas productivas”:

Tanto desde el punto de vista político como desde el punto de vista del urbanismo, Roma perdura como una significativa lección de lo que hay que evitar: su historia presenta toda una serie de señales clásicas de peligro para prevenir y enseñar cuándo la vida se mueve en dirección equivocada. Allí donde las muchedumbres se reúnen en masas asfixiantes, donde los alquileres se elevan empínicamente y empeoran las condiciones de la vivienda, donde una explotación unilateral territorios distantes elimina la presión para lograr equilibrio y armonía en lo que se tiene más a mano, donde ocurren estos fenómenos, los precedentes de la construcción romana resurgen casi automáticamente, como podemos ver en la actualidad (...) (Mumford 2012: 408-409)

[El capitalismo] Ha encontrado una nueva inspiración en la conquista del espacio, en términos vulgares, en la especulación inmobiliaria en las grandes

obras (dentro y fuera de las ciudades), en la compra y la venta del espacio: y esto a escala mundial. Tal es el camino (imprevisto) de la socialización de las fuerzas productivas, de la producción del mismo espacio (Lefebvre 1983: 160).

A pesar de estas coincidencias, Mumford ve la progresiva urbanización como un inminente desastre sin más remedio que ponerle límites efectivos. Sostiene que “la ciudad sigue creciendo inorgánicamente, más aún, cancerosamente, mediante una ruptura ininterrumpida de viejos tejidos y un desarrollo hipertrófico de nuevo tejido informe” (p. 905)². Por el contrario Lefebvre cuestiona la propuesta de los límites (formulada también por urbanistas soviéticos), no comparte la añoranza por la pequeña comunidad (1983: 99) y hace hincapié en la defensa de la aglomeración urbana:

Por tanto, está teóricamente prohibido no defender la concentración urbana con sus peligros de saturación de desorden, y sus posibilidades de encuentros, informaciones, convergencias, etc. Atacarla, destruirla, procede de un empirismo que comienza por destruir el pensamiento (1983: 101).

Y lo que, a mi juicio, es más importante, Lefebvre considera que el proceso de urbanización total *puede* (no hay “un fin prefabricado”) llevar a

la sociedad planetaria y la “ciudad mundial”, más allá de una crisis mundial y planetaria de la realidad y del pensamiento, más allá de las viejas fronteras trazadas en tiempos del predominio agrícola y de la producción industrial (1983:25-26).

Un objetivo “virtual” en el que luego profundiza subrayando la importancia de la vida de la gente, del *habitar*.

Segundo cambio, segunda inversión de sentido: la industria dominante se convierte en subordinada de la realidad urbana; pero en el interior de estos fenómenos tiene lugar una subversión: el nivel considerado como secundario desde un primer momento se convierte en lo esencial, en lo que llamamos el habitar (1983: 96).

² Es cierto que Mumford defiende una propuesta en la que intenta combinar ciudades manejables con una especie de sistema federal que logre las dimensiones necesarias para el logro de algunas creaciones típicamente urbanas, pero Lefebvre no parece seguir este camino ni lo siguen tampoco otros autores como Jacobs y Soja.

PODER, LÍMITES, ANTICIUDAD

Aunque podamos aceptar que existe un fenómeno universal al que denominamos ciudad, es conveniente subrayar que la obra de Mumford no contempla todas las ciudades, sino que se centra en ciudades y regiones que “conoce de primera mano”, por lo que se limita “a la civilización occidental” e incluso se ve obligado a pasar por alto “regiones relevantes: España y América Latina, Palestina, Europa oriental y la Unión Soviética” (pág. 7). Esto no le impide que las tenga en cuenta en alguna medida, en particular que considere tanto las ciudades precolombinas como las ciudades coloniales que funda España en América. Así el recorrido comienza por las aldeas mesopotámicas y del valle del Nilo –entre los años 9000 y 4000 a.C.–, relata el surgimiento de las primeras ciudades en tierras del Creciente Fértil y recorre las ciudades griegas, romanas, medievales y barrocas para llegar a la ciudad industrial y concluir con las contemporáneas. En todo este recorrido Mumford se detiene en el diseño urbano y en sus implicaciones sociales con unos planteamientos atravesados por dos cuestiones fundamentales, el poder y los límites del crecimiento, y por la confrontación entre ciudad y anticiudad, en la que paradójicamente, en el debate intelectual más amplio, muchos le sitúan a él en el bando de los renegados de lo urbano.

EL PODER

El poder es una cuestión central en *La ciudad en la historia* o, como plantea Garnier (2011: VII) en esta historia a través de la ciudad. La cuestión es que aunque –como veremos– Mumford contempla otros aspectos de la ciudad, subraya que el poder (y la violencia y la guerra) tiene un carácter decididamente urbano. Cabe subrayar también en que de principio a fin –desde las ciudades mesopotámicas al Pentágono que controla las armas nucleares– destaca lo que llama el poder de la ciudadela como constitutivo de la ciudad y pasa más deprisa por las estructuras de clases que caracterizan la vida urbana (Moya 1969). Para Mumford el poder y sus peores manifestaciones son un fenómeno urbano que le separan de la aldea, un fenómeno que caracteriza a la ciudad, que la hace crecer y que la destruye.

Así, en el comienzo mismo (...) se abrían dos caminos para el desarrollo de la cultura humana, una vez traspuesta la fase que se alcanzó en la comunidad neolítica, a saber, el camino de la aldea o el camino de la ciudadela, o para decirlo, en términos biológicos,/// el simbiótico y el depredador. No se trataba

de opciones absolutas pero señalan direcciones diferentes. La primera era la senda de la cooperación voluntaria, de la adaptación mutua, de la comunicación y la comprensión más amplias: su resultado sería una asociación orgánica, de naturaleza más compleja, en un nivel más alto que el ofrecido por la comunidad aldeana y sus tierras vecinas. La segunda era la de la dominación voraz, que llevaría a una despiadada explotación y, con el tiempo, a un debilitamiento parasitario: el camino de la expansión, con su violencia, sus conflictos y angustias (...) Esta segunda forma ha dominado, en gran parte, la historia urbana hasta nuestra propia época, y en no poca medida explica el aislamiento y el derrumbe de una civilización tras otra (pp. 153-154).

Frente a la concepción de Mumford, Edward W. Soja (2008: 81) rechaza que la construcción de la ciudad pueda quedar implícitamente “como un proceso destructivo, violento y de dominación de los hombres que transforma la cultura tradicional de las aldeas”. Soja se considera “hagiógrafo” de Lefebvre (Benach & Albert 2010: 63) y califica de brillante *La ciudad en la historia* pero tiene a Mumford por “un regionalista y ambientalista anti-ciudad” (Soja 2008: 99). Él, sin embargo, defiende las grandes concentraciones urbanas y basa su interpretación de la ciudad en el *sinecismo*, “el impulso al desarrollo que se deriva de hábitats densamente poblados y del estímulo de la aglomeración urbana” (Soja 2008: 31), en el *sinecismo* que

connota las interdependencias económicas y ecológicas y las sinergias creativas, así como también destructivas, que surgen del agrupamiento intencionado y de la cohabitación colectiva de la gente en el espacio, en un hábitat “hogar” (Soja 2008: 42).

Si propongo un diálogo de Mumford con otros autores –ahora con Soja como antes con Lefebvre y después con otros más- no es para confrontar diferencias tajantes, es porque Mumford siempre matiza. Si bien sostiene que la ciudad “debe su existencia, y más aún su engrandecimiento, a los intentos que se concentran en dominar a otros hombres y en someter, mediante la fuerza colectiva, todo el medio ambiente”, añade a renglón seguido que “La liberación y la esclavización, la libertad y la compulsión, han estado presentes desde el comienzo de la cultura urbana”. Y se detiene también en el *sinecismo*, en el estímulo de la aglomeración que subraya Soja. Advierte desde el principio de que “Esta nueva mezcla urbana dio lugar a una enorme expansión de las capacidades humanas en todas las direcciones” (pág. 54) e incluso subraya no solo el atractivo (el “imán”) de la

aglomeración incluso cuando “el recipiente metropolitano ya ha reventado”, sino, sobre todo, el estímulo creador de la aglomeración urbana:

Cosa extraña: la mayor justificación de la congestión metropolitana ha pasado casi inadvertida. En virtud de la acción de estas fuerzas, la gran ciudad, en el siglo XIX, sirvió, por la variedad y el tamaño mismos de su población, para promover funciones que nunca habían sido sustentadas en una escala más o menos comparable: me refiero a las corporaciones y sociedades de personas/// con los mismos ideales, dedicadas al cultivo de intereses especiales que abarcan todos los aspectos de la vida humana (págs. 918-919).

Sin embargo, este entusiasmo por las capacidades creadoras de la aglomeración urbana en Mumford se ve siempre frenado porque nunca pierde la referencia y, en cierta medida, el ideal de la aldea y, sobre todo, por otra de sus preocupaciones fundamentales, los límites del crecimiento urbano.

EVITAR EL COLAPSO

Mumford mantiene siempre como referencia la pequeña comunidad, incluso la comunidad aldeana que “se multiplicó y difundió por la tierra entera con más rapidez y más eficacia que la ciudad” e incluso logró sobrevivir “al continuo ascenso y destrucción de sus rivales más grandes, más ricos y más atractivos” (pág. 51). La considera “una reserva constante de vida nueva, en verdad constreñida por las pautas ancestrales de la costumbre que contribuyeron a humanizar al hombre, pero con un sentido de las limitaciones y las posibilidades humanas” (pág. 931).

Por el contrario, respecto a la ciudad señala que acaba perdiendo siempre el sentido de los límites. Esta cuestión aparece de forma recurrente en todo el texto de *La ciudad en la historia*. Comienza a analizar el planteamiento teórico de los límites del crecimiento urbano con Platón, que “limitaba el tamaño de su ciudad ideal al número de ciudadanos a los que pudiera dirigirse una sola voz” (pág. 111), y con Aristóteles que plantea unos límites ya superados en su tiempo. Y resulta significativo que –aunque luego recurra a otros apoyos como el de Leonardo da Vinci– nada más certificar el fracaso de Aristóteles, Mumford añade que “El primer enfoque válido de este problema no se expondría hasta que Ebenezer Howard lo considerase, a finales del siglo XIX, en el libro que llevaría el título *Garden Cities of Tomorrow*” (pág. 267).

Sostiene a continuación Mumford que no basta con fijar límites, sino que la clave está en la forma de aplicarlos en “la necesidad de un nuevo método de reorganización y redistribución de la población cuando esta sobrepasa la norma deseada, o sea, la descentralización y la federación regional” (pág. 267). Están claros así los términos en los que se mueve.

Mumford elogia el sistema de autocontrol de las ciudades griegas que recurrían a nuevas fundaciones para no superar los límites urbanos (pág. 224), una pauta social tan asentada que el oráculo de Delfos “de fuerza o de grado, examinó el problema demográfico y dirigió un programa de dispersión organizada” (pág. 241). De Roma señala que aunque funda ciudades de límites bien fijados, “nunca tuvo la imaginación necesaria para aplicar los principios de limitación, moderación, distribución ordenada y equilibrio a su propia existencia urbana e imperial” (pág. 356). De forma que impulsó una “hipertrofia” de la capital que “que determinó una parada de funcionamiento y una pérdida de control sobre los factores económicos y agentes humanos que eran esenciales para su existencia continua” (pág. 403). Tiene también a la ciudad medieval como ejemplo de ciudad de desarrollo orgánico y contenido, en el que “predominaban las necesidades del peatón: todo aquel que podía usar sus piernas tenía acceso a una ciudad. La pauta urbana se ajustaba a la económica; y ambas eran favorables a la unidad pequeña y a la comunicación directa, cara a cara” (pág. 527).

Sin embargo, a partir del surgimiento de la ciudad barroca, Mumford aprecia la rotura de todos los límites que se desbordarán de forma imparable con la ciudad industrial, de modo que “a medida que su fuerza se consolidaba en el transcurso de los últimos cuatro siglos, su dinamismo, destructivo se acrecentaba” (pág. 689).

Una economía en expansión reclamaba una población en expansión; y una población en expansión requería una ciudad en expansión. El firmamento y el horizonte eran los únicos límites. (...) Pronto seremos testigos de los resultados finales de este proceso con la formación de la Megalópolis (pág. 707).

Para Mumford no hay duda de que la “explosión urbana” ha sido impulsada por la carencia de límites y facilitada por un uso sin sentido de la tecnología, de los sistemas mecánicos y teme que se llegue a una “conurbación universal” (pág. 900). “Al seguir el crecimiento de la cultura megalopolitana hasta su conclusión, llegamos a toda una serie de procesos terminales, y sería simplista creer que tienen alguna posibilidad de seguir existiendo indefinidamente” (pág. 925).

Visto desde 2015, hay un aspecto de *La ciudad en la historia* relacionado con los límites del crecimiento que está superado por los conocimientos científicos actuales pero que destaca por la intuición que desplegó Mumford al respecto. Se trata de todo lo relacionado con el medio ambiente. Mumford muestra una preocupación intensa -propia de los años de la guerra fría- por la capacidad de destrucción planetaria de las armas nucleares pero también advierte de forma reiterada sobre otras formas de destrucción de la naturaleza. Su sentencia sobre el impacto de la explosión metropolitana –“ha llevado los venenos ideológicos y químicos de la metrópolis a todas las partes del mundo, y el daño final puede ser irreparable” (pág. 931) - no es otra cosa que el resultado del impacto que tuvo la ciudad industrial desde el siglo XIX:

se destruían bosques, se minaban los suelos, y fueron prácticamente aniquiladas especies animales enteras, como el castor, el bisonte y la paloma silvestre, en tanto que el cachalote y la ballena eran diezmados en forma alarmante. Con esto se rompió el equilibrio natural de los organismos dentro de sus correspondientes nichos ecológicos, y un orden biológico más bajo y más simple –a veces marcado por el exterminio total de las formas predominantes de vida- sucedió a la implacable explotación de la naturaleza por el hombre occidental, en beneficio de su economía de lucro momentánea y socialmente limitada (pág. 750).

Al final toda la reflexión de Mumford sobre los límites del crecimiento nos devuelve a la cuestión del poder, el otro eje de *La ciudad en la historia*. Por una parte, del poder de destrucción que acabamos de ver, por otra, el poder en el sentido específico en que se ejerce en la ciudad –y en la vida de la gente- a través de la propiedad. Mumford, que plantea la cuestión, desde las *insulae* romanas hasta el mundo contemporáneo, coincide con Howard en un criterio que, desde luego, está muy lejos de lo que hoy es la norma urbanística y más que de la norma, que está muy lejos de la práctica dominante, la propiedad comunitaria del suelo. Considera que

siendo la tierra propiedad corporativa³ o municipal, lo cual resultaría necesario al fundar una nueva comunidad, el inmerecido aumento del beneficio, que hasta

³ Mumford habla, en general, de propiedad municipal o incluso nacional de suelo como base para la construcción controlada de nuevas ciudades y también para el desarrollo de las redes de comunicaciones. Respecto a la propiedad corporativa, se trata de la forma que eligió Howard para emprender su proyecto de ciudad jardín. No hay que perder de vista que si bien Howard tenía influencia anarquista, “no escribía para utópicos que deseaban llevar una vida sencilla, sino para agudos hombres de

ahora había pasado al terrateniente individual y había tendido a promover una hipertrofia lucrativa, se dedicaría a mejoras en la comunidad, reduciendo los impuestos o aumentando los servicios (pág. 861).

En términos más generales, Mumford describe como el poder ha configurado la ciudad a través de la historia y lo reclama también como actor decisivo para la ciudad que desea. Se trata, desde luego, de un poder democrático que debe fijar límites al desarrollo urbano. Unos límites que siempre considera imprescindibles aunque nunca acaba de fijar porque no quiere que “en la nueva ciudad” de dimensiones reducidas se pierdan “muchos productos y servicios metropolitanos esenciales” que considera “subproductos de la congestión”. De esta forma deja la cifra de treinta y dos mil habitantes que fija Howard para su ciudad jardín en una mera

unidad experimental suficientemente grande para poner a prueba la validez de este nuevo método de crecimiento urbano; y si bien su vida estuvo dominada por la necesidad de dar este primer paso y seguir adelante, su visión fue más allá de esta limitación práctica (pág. 868).

HISTORIAS DE DOS CIUDADES

Mumford no acaba de precisar los límites pero sostiene que son imprescindibles para preservar la vida urbana, que sin límites y sin control sólo llegará el triunfo de la anticuidad (págs. 842, 849 y ss.). Considera antiurbano el diseño disperso que se populariza y extiende imparable ya en su tiempo, hasta el extremo que califica de “pesadilla suburbana” (Mumford 1959: 28) el modelo de *Broadacre City* diseñado por Frank Lloyd Wright, uno de los más grandes arquitectos estadounidenses. Considera también antiurbanos los suburbios, tanto los desordenados e informes como los más armónicos y acotados para ricos. En todo esto coincide con algunos de sus más severos críticos, defensores de la gran ciudad que le acusan a él de antiurbano.

negocio vitorianos que querían estar seguros de que recuperarían el dinero invertido. (...) en 1900, se decidió a poner en marcha la Asociación Limitada de la Primera Ciudad Jardín, con un capital de 50.000 libras y 5 por ciento de dividendo; dos años más tarde se registró la Compañía Pionera de la Ciudad Jardín, con un capital de 20.000 libras, con la finalidad de buscar posibles lugares para su construcción. (Hall 1996: 105)

Frente a la ciudad planificada, contenida y autolimitada que propone Mumford, una de sus críticas más severas, Jane Jacobs defiende las grandes ciudades. Sostiene que el modelo que viene de Ebenezer Howard “debiera parecernos feudal” y que lo que le molestaba tanto a él y a “sus devotos seguidores” –entre los que cita a Mumford y a los urbanistas regionales- es “la fluidez misma de la nueva sociedad industrial y metropolitana del siglo XIX, con sus profundos desplazamientos de poder, dinero y población” (Jacobs 2013: 326). Les reprocha que pretendan crear unas ciudades que solo eran agradables “si uno era dócil y no tenía planes propios ni le importaba pasar la vida entre gente sin planes propios” (2013: 44) y que rechacen lo que ella más aprecia de la vitalidad urbana, la vida de calle y el potencial de una alta densidad de población.

Cuando observadores como Lewis Mumford y Catherine Bauer no pudieron evitar percatarse de que algunas de las más prósperas áreas de las ciudades tenían altas densidades de viviendas y una alta proporción de ocupación del suelo, pero no por ello demasiadas personas en cada vivienda o habitación, sacaron la conclusión (en la que se mantiene todavía Mumford) de que las personas afortunadas que viven confortablemente en esos lugares viven en barrios bajos, pero son demasiado insensibles para saberlo o resentirlo (2013: 41).

Y no sólo se trata de la vida urbana, de los resultados sociales de la elevada densidad. Sostiene que el desarrollo económico depende de la economía urbana, “depende de ella por definición porque, cualquiera que sea el lugar en el que se desarrolla la vida económica, el propio proceso crea ciudades (...)” (Jacobs 1986: 143). En fin, todo su análisis le lleva a una conclusión contraria a la de Mumford o, al menos, contraria a lo que Mumford considera deseable:

podemos estar absolutamente seguros de muy pocas cosas respecto a las futuras ciudades. Estas ciudades no serán más pequeñas, más simples o más especializadas que las ciudades de hoy. Quizá sean más intrincadas, complejas, diversificadas y grandes que las actuales, y habrá en ellas una mezcla aún más complicada de cosas nuevas y viejas que en nuestras ciudades (Jacobs 1975: 273)⁴

⁴ No deja de ser también una paradoja que las ideas de Jacobs –que advierte desde el principio de que tiene la esperanza de que “ningún lector intentará trasladar mis observaciones y convertirlas en guías de lo que ocurre en las ciudades pequeñas” (2013, pág. 42) - han tenido una gran repercusión para todo tipo de planteamientos urbanos referidos a ciudades de muy diferentes tamaños. Véase, por ejemplo, *La humanización del espacio urbano* (Gehl 2006).

Mumford y Jacobs presenciaban la misma realidad urbana (tanto *La ciudad en la historia* como *Vida y muerte de las grandes ciudades* se publicaron en 1961), pero está claro que ambos ven y quieren dos ciudades distintas. Sin embargo, cuando Edward W. Soja publica *Postmetrópolis* han pasado casi cuarenta años y las grandes conurbaciones han multiplicado su población. Las grandes ciudades siguen acumulando gente y también poder y dinero y creatividad. Y problemas. Soja es también un geógrafo o un urbanista regional, aunque su enfoque es muy diferente al de Mumford, en el momento en el que él escribe las grandes ciudades son ya postmetrópolis.

La transición postmetropolitana también puede ser descrita como una implosión y una explosión en la *escala* de las ciudades, una extraordinaria transformación de gran alcance del espacio urbano que es al mismo tiempo tanto de dentro hacia fuera como de fuera hacia dentro. En un cierto sentido, hoy en día la totalidad del mundo se está urbanizando rápidamente (...) A otro nivel, cada centro urbano individual, desde el más grande hasta el más pequeño, parece contener, de forma creciente, el mundo entero dentro de sí, creando los espacios urbanos más culturalmente heterogéneos que jamás se hayan visto (Soja 2008: 222).

Una reflexión que no anda muy lejos de la frase que abre *La ciudad en la historia* pero que no lleva a Soja a defender un modelo de ciudad reducida o limitada sino a entrever una “cuarta revolución urbana” (Soja 2008: 285) y afrontar sus problemas explorando conceptos como “el capital espacial” o la “justicia espacial”. Como Mumford, Soja aprecia los grandes problemas de las grandes conurbaciones, de las postmetrópolis, pero no pierde nunca de vista lo que considera fundamental, la capacidad generadora de la aglomeración urbana, del sinecismo.

La postmetrópolis no es ni una simple utopía ni una distopía, sino que es a la vez ambas cosas y en altas dosis... y más. Todas sus emanaciones del lado oscuro así como la multitud de nuevas oportunidades que ofrece para una mayor justicia social y espacial han de ser reconocidas en la complejidad de sus tramas (Soja 2008: 483).

El diálogo con Mumford a través de *La ciudad en la historia* se puede extender mucho más de lo que permite este artículo y quizá sólo convenga ya señalar aquí una intuición llamativa para el comienzo de los años sesenta. Mumford fía, en parte, su esperanza de llegar a la ciudad que desea a las nuevas tecnologías de su

tiempo y en algo más que solo intuye. Habla de una Ciudad Invisible, una “reorganización del complejo metropolitano que deriva de la desmaterialización o eterealización de las instituciones existentes” (pág. 937). Y añade más adelante que

Muchas de las funciones originales de la ciudad, otrora monopolios naturales, que exigían la presencia física de todos los participantes, se han transformado ahora en formas susceptibles de transporte veloz, de multiplicación mecánica, de transmisión electrónica y distribución a escala mundial (pág. 938).

Encuentra Mumford ya en los sistemas organizativos y tecnológicos de su tiempo una vía para defender su modelo de ciudad, para “preservar las ventajas de las unidades más pequeñas y de gozar del gran alcance de la organización metropolitana”. Y continúa con gran intuición:

En un mundo bien ordenado no habría límites físicos, culturales o políticos para este sistema de cooperación, que pasaría a través de los obstáculos geográficos y de las fronteras nacionales con tanta facilidad como los rayos X pasan a través de los objetos sólidos. Considerando incluso los actuales medios de telefotografía así como los rápidos transportes, tal sistema podría abarcar, con el tiempo, el planeta entero (pág. 942).

Con independencia de hasta donde queramos pensar que llega la perspicacia de Mumford, se trata del sueño de la desterritorialización que permite también la descongestión urbana. La realidad de las nuevas tecnologías ha mostrado, sin embargo, cómo los procesos de desterritorialización y reterritorialización han ido juntos y que la dispersión de la economía global ha ido aparejada con grandes concentraciones de poder y de población en las ciudades globales que describe Sassen (2007: 125-164) o por seguir con el planteamiento de Soja, que no podemos dar por desaparecidos ni por insignificantes ni el espacio ni la situación relativa en el espacio ni el valor del sinecismo:

estas demandas literal y figuradamente utópicas (en griego, *ou-topos* significa no-lugar) son puestas en cuestión, también literal y figuradamente, por la persistencia de las bases del medio urbano, y más característicamente, postmetropolitano: Los Ángeles y la Bahía de San Francisco, Nueva York, Washington DC, Miami, Chicago, Vancouver, Londres, Tokyo, París, etc. La ubicación sigue siendo importante y el desarrollo geográfico desigual continúa

marcando importante diferencias. Incluso cuando «surfeamos la Red» o «navegamos por la Red», nos mantenemos en una relación persistentemente urbana (reestructurada, sin duda) con el espacio, con el conocimiento y con el poder (Soja 2008: 468).

La ciudad en la historia nos trae hasta las preocupaciones más actuales, desbordante de erudición, de matices, de percepciones agudas, de intuiciones. Es un repaso por la historia urbana profundo y lleno de agudeza y de sugerencias, en el que quizá haya que destacar también la ambivalencia o “la dualidad de juicio sobre la ciudad” (Capel, 2002). Mumford la mantiene a lo largo de toda la obra y se puede interpretar como una tensión interna entre su visión normativa y el atractivo y las fuerzas -luminosas y oscuras- de la ciudad.

BIBLIOGRAFÍA

- Benach, N., & Albert, A. (2010): *Edward W. Soja. La perspectiva postmoderna de un geógrafo radical*, Barcelona, Icaria.
- Capel, H. (2002): “Gritos amargos sobre la ciudad”, E. T., UPC, (ed.) *Perspectivas Urbanas* (en línea), (1): 2-18. Recuperado el 15 de 11 de 2015, de <http://www.raco.cat/index.php/Perspectivas/article/view/84971>
- Capel, H. (2005): *La morfología de las ciudades. II Aedes facere: técnica, cultura y clase social en la construcción de edificios* (Vol. II), Barcelona, Ediciones del Serbal.
- Capel, H. (2011): “Dererecho para la ciudad en una sociedad democrática”, *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, XV, 353(2). Obtenido de <<http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-353/sn-353-2.htm>>
- Garnier, J.-P. (2011): «Préface. L'histoire à travers la cité», en L. Mumford, *La cité à travers l'histoire*, Marsella, Agone, pp. VI-XVIII.
- Gehl, J. (2006): *La humanización del espacio urbano. La vida social entre los edificios*, Barcelona, Reverté.
- Hall, P. (1996): *Ciudades del mañana. Historia del urbanismo en el siglo XX*, Barcelona, Ediciones del Serbal.
- Jacobs, J. (1975): *La economía de las ciudades*, (J. Álvarez, & Á. Pérez, trads.), Barcelona, Península.

- Jacobs, J. (1986): *Las ciudades y la riqueza de las naciones*, (I. Hierro, trad.), Barcelona, Ariel.
- Jacobs, J. (2013): *Muerte y vida d elas grandes ciudades*, (Á. Abad & A. Useros, trads.), Madrid, Capitán Swing.
- Lefebvre, H (1983): *La revolución urbana* (M. Nolla, trad.), Madrid: Alianza.
- Moya, C (1969): La ciudad, un modelo de sistema social en desarrollo. *Moneda y Crédito*. Revista de Economía, 95-118.
- Mumford, L (1959): *Frank Lloyd Wrigh y otros escritos* (E.L. Revol, trad.) Buenos Aires: Infinito.
- Mumford, L (2012). *La ciudad en la historia, sus orígenes, transformaciones y perspectivas* (E.L. Revol, trad.), Logroño: Pepitas de calabaza.
- Sassen, S (2007): *Una sociología de la globalización*, (M.V. Rodil, trad.) Madrid: Katz.
- Soja, E. W. (2008): *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones* (V. Hendel & M. Cifuentes, trads.) Madrid: Traficantes de Sueños.

Javier Cortijo-Pardo
Universidad de Murcia